

das frecuentes y ese perdurable andar entre luz y tinieblas, virtud y vicios; todo esto es un terrible dato en la cuestion de nuestra eternidad. Si Jesucristo, finalmente, no termina esta carrera de los cuarenta dias de vivir en el mundo despues de resucitado, sino para subir al cielo y sentarse á la diestra de su eterno Padre; tal debe ser tambien nuestro pensamiento, deseo continuo y solicitud constante durante el periodo fugitivo de nuestra vida, es decir: el de no salir de ella, sino para subir á reinar con los escogidos en el cielo.

29. Ved pues, amados hijos, cómo no hai circunstancia, por mínima que parezca, en la Resurreccion del Hijo de Dios, que no sea una sublime leccion de alta virtud para gobernar la conducta del hombre, y cómo el resucitar con Cristo y como Cristo es lo mismo que morir enteramente para el mundo, residir con el espíritu en el cielo y vivir con aquel que es la vida misma. Hé aqui un concepto que el apóstol San Pablo recogió maravillosamente con tanta sabiduría como profundidad en estas palabras del tercer capítulo de la Epístola que dirigió á los Colosenses: "Si habéis resucitado con Jesucristo buscad las cosas que son de arriba, donde Cristo está sentado á la diestra de Dios Padre: saboreaos en las cosas del cielo, no en las de la tierra; porque muertos estáis ya, y vuestra nueva vida está escondida con Cristo en Dios." Meditad, hijos míos, estas palabras, sondead cuanto es dado á nuestra limitada razon el profundísimo sentido que encierran, obrad conforme á esta doctrina, y estad seguros que sin mas trabajo habréis adquirido la gran ciencia de la perfeccion moral y conquistado con la verdadera virtud las palmas de la gloria. El hombre, hijos míos, compuesto de dos sustancias muy diversas, conviene á saber: de un cuerpo animal y de una alma que es toda espíritu, tiene dos vidas, por explicarme de esta suerte; la vida de los sentidos del cuerpo y la vida de los pensamientos del alma: rectificad su pensamiento; someted á este pensamiento sus sentidos; haced que esta concordia subsista, y tendréis al hombre formado, al hombre perfecto, al hombre eminentemente moral: al contrario, suponed que el espíritu está esclavizado por el cuerpo, que la razon está dominada por los sentidos, y entonces veréis que el hombre, aunque naturalmente vivo, porque siente y piensa, está moralmente muerto, porque piensa mal, siente mal y vive mal. ¿Cómo impedir esto último y alcanzar lo primero? Dando un blanco seguro á la accion del pensamiento, sacándole de la tierra, donde todo parece conspirar á extravíarle, fijando aun los sentidos en el cielo, donde está la luz, la gracia y la felicidad; en suma, buscando y gustando únicamente las cosas que están arriba: porque arriba está la Luz del mundo, sin la cual éste no sería mas que tinieblas; arriba está la Verdad eterna, sin la cual el mundo no sería mas que un teatro de errores; arriba está la vida, fuera de la cual todo es muerte.

30. ¡Ea pues, amados hijos! Resucitad verdaderamente con Cristo saliendo del pecado; resucitad como Cristo viviendo siempre en su gracia, muriendo para el mundo, poniendo vuestro pensamiento y gusto, no en la tierra, donde todo perece, sino únicamente en el Cielo, donde todo vive, vive para la felicidad y vive por siempre.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

TRIGESIMASEGUNDA INSTRUCCION.

SOBRE LA ASCENSION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO A LOS CIELOS.

Qui descendit, ipse est et qui ascendit super omnes caelos, ut implet omnia.

El que descendió, ese mismo es el que ascendió sobre todos los cielos, para dar cumplimiento á todas las cosas.

Ephes. Cap. IV, v. 10.

1. **A**UNQUE la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo, amados hijos, ofrece á la vista de nuestra fé al Divino Mesías en estado muy diverso de aquel con que se manifestó constantemente durante su vida mortal; aunque desde que sale del sepulcro aparece revestido con las dotes de su propia gloria, y no cual ántes pobre, desvalido, paciente, perseguido y hecho el oprobio de los hombres; aunque refleja de su cuerpo mismo la luz de los cielos y penetra sutil por las puertas del Cenáculo estando cerradas, como habia salido del sepulcro sin levantar la losa, y en todo se ostenta como el Soberano triunfador de la muerte; no por esto acaba en su Resurreccion la historia de su vida, ni á ella se reduce la manifestacion de su gloria en la tierra. Quédanos todavía que seguirle algunos momentos, verle bendecir á sus discípulos, y en ellos á cuantos hablamos de creer en su Nombre, levantarse de la tierra, hender los espacios con su majestuosa marcha y sustraerse á los sentidos del cuerpo, penetrando en las moradas del Cielo.

2. La Ascension de Jesucristo Señor nuestro es el hecho magnifico y glorioso que cierra la historia de su vida en el tiempo, lo que tenia reservado en sus designios para ostentar divinamente su poder, dar al mundo un reflejo de su Majestad, lucir sobre su frente la corona de sus merecimientos infinitos y adelantarse á sus escogidos en cuanto

hombre, como las primicias de la gloria, cuya herencia les vino á restituir comprándola con el precio de su Sangre.

3. Por esto el apóstol San Pablo, fijando su atención en los misterios de Jesucristo Señor nuestro, considera esta subida majestuosa del Redentor del mundo á los cielos como una consecuencia forzosa de su venida á la tierra y como un sello de plenitud para sus designios, para su predicación y para sus obras. “¿Por qué se dice que subió,” preguntaba enfáticamente aquel insigne maestro, “sino porque ántes habia descendido hasta los lugares mas ínfimos de la tierra?” Este pensamiento, cuya altura podemos columbrar con la mente del Evangelista, cuando nos predica la eternidad del Verbo, encierra, por decirlo así, en dos misteriosos puntos la vida toda del Hombre-Dios: desde su eternidad baja para revestirse de nuestra naturaleza, y á su eternidad sube cuando ha puesto en su mas grande plenitud la obra de reconciliación y de salud que le trajo á la tierra. Luego, y esta es la consecuencia que deduce el Apóstol, luego el que descendió es el mismo que ascendió sobre todos los cielos, para dar cumplimiento á todas las cosas: *Qui descendit, ipse est et qui ascendit super omnes celos, ut implet omnia.*

4. Voi pues, amados hijos, á ponerlos de manifiesto cómo Jesucristo dió con su Ascension á los cielos una magnífica plenitud al designio de restauración y felicidad que le trajo á la tierra; y para esto me bastará explicaros el octavo artículo del Símbolo católico, enunciado en estos precisos términos: “Subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso.” ¿Por qué no quiso quedarse en la tierra? ¿Por qué, ya que así lo tenia decretado, no la dejó inmediatamente? He aquí dos cuestiones que figuran como preparatorias, pues que tienden á explicar los antecedentes del hecho, dándonos á conocer toda la importancia de sus motivos. ¿Cuál es el carácter de este misterio, considerado en sí mismo y relativamente á Dios y á los hombres? He aquí lo que nos enseña la doctrina católica, explicándonos el cuadro magnífico de este acontecimiento en toda su extension. Antecedentes del hecho; carácter dogmático y moral del misterio: he aquí los puntos que abraza la materia con que voi á ocupar al presente vuestra religiosa atención.

I.

5. He dicho, hijos míos, que pienso instruiros ante todo en los antecedentes históricos de este gran misterio, porque, ya le consideréis en el pensamiento que le concibe, ya en el tiempo en que se ejecuta, tendréis que admirar la sabiduría, la justicia y la bondad infinita del Señor. Dos cosas hai que considerar aquí en clase de preparación para el mejor conocimiento del dogma: primera, los motivos que determinaron á Jesucristo á dejar la tierra, para subir al Cielo; segunda, las razones que tuvo para no subir inmediatamente, sino hasta cuarenta dias después de resucitado. Esto pues voi á explicaros, manifestando que lo primero era una exigencia imperiosa de parte de Dios para poner el mas digno término á la misión de Cristo en la tierra, y lo segundo, un medio necesario y eficaz para consolidar la institución de la Iglesia, fundada toda en la fe del Mesías.

6. No quiso este divino Libertador de los hombres quedarse viviendo con ellos en la tierra de un modo natural y sensible; sino al contrario, tan luego como ya resucitado dió á sus discípulos todas las instrucciones y todo el poder que se necesitaba para que fuesen sus representantes en la tierra, se separó de ella y subió á los cielos para colocarse glorioso á la diestra de su Padre. He dicho, hijos míos, que no quiso quedarse viviendo en la tierra de un modo natural y sensible, porque bien sabéis que bajo los velos augustos del misterio, está real y verdaderamente presente en nuestros altares en la Sagrada Eucaristía bajo las especies de pan y vino. Partiendo pues de esta explicación, os diré, que la permanencia de Cristo nuestro Señor en la tierra después de resucitado no era necesaria ni conveniente, al paso que su Ascension era una cosa que imperiosamente estaban exigiendo la firmeza y objeto de nuestra fe, la última plenitud de nuestra esperanza y toda la perfección de la caridad.

7. Excusado me parece detenerme á probaros que la permanencia de Jesucristo nuestro Señor en la tierra de un modo manifiesto á los sentidos, después de resucitado, no era necesaria: pues poseyéndole como le poseemos en la Sagrada Eucaristía real y verdaderamente, tenemos á su Magestad en persona, vive con nosotros, nos recibe en su Tabernáculo, nos consuela con su presencia, nos ilustra con su luz, nos sostiene con su poder, nos abre las arcas de sus merecimientos, nos enriquece con el tesoro de sus gracias y se nos da, por último, como un alimento de vida eterna cuantas veces queremos recibirle. Mas he dicho asimismo que no era conveniente que se hubiese quedado en la tierra de un modo natural, porque no lo era, por cierto, ni para su gloria, ni para nuestra fe, ni aun para nuestra esperanza. Cristo resucitado era, hijos míos, Cristo glorioso y triunfante: su Sagrado Cuerpo estaba rodeado con los esplendores de la inmortalidad, y por tanto, no podia ser la tierra una residencia digna de tan angusta magnificencia y de tanta gloria: habria quedado incompleta, digámoslo así, la recompensa de sus merecimientos infinitos; pues faltaba, ciertamente al esplendor de aquel triunfo la magestad del Cielo. Por esto, tan luego como confirmó la fe de sus discípulos acerca de su Resurrección, sube á los cielos, para recibir en su Santa Humanidad la corona que le preparaba su Padre. Mas todavía debemos considerar otra cosa en prueba de lo dicho, y es, que habiendo enseñado pública y solemnemente que no era de este mundo su reino, habria faltado á este oráculo su mas bella confirmación, si se hubiese quedado en la tierra: al contrario, subiendo al Cielo con su Santa Humanidad, así como habia bajado solo en cuanto Dios á la tierra para revestirse de nuestra naturaleza, ya todos pudimos entender aquel tan misterioso como dulce lenguaje con que habló á sus discípulos en la noche de la cena. “Sald del Padre y vine al mundo: ahora dejo al mundo, y otra vez voi al Padre.” (Joann. XVI, 28)

8. Tampoco era conveniente para nosotros que Cristo se hubiese quedado en la tierra, “porque en este caso, dice mmi al propósito el Catecismo romano (Parte primera cap. VII, pág. 77) “todos nuestros pensamientos se fijarian en el aspecto y trato de su Humanidad, y únicamente le mirariamos como á un hombre que nos hacia beneficios grandes, y le amaríamos con cierta benevolencia terrena. Pero subiéndose al Cielo, espiritualizó nuestro amor, é hizo que al que ahora contemplamos ausente, veneremos y

“amemos como á Dios. Esto en parte se deja entender por el ejemplo de los apóstoles, los cuales, mientras tuvieron presente al Señor, parece que sentían de él como de so-
“lo hombre; y en parte se confirma con el testimonio del mismo Señor, cuando dijo: “Conviéneos que yo me vaya. (Joann. 16.)” Porque aquel amor imperfecto con que
“amaban á Jesucristo presente, se había de perfeccionar por el amor divino, y esto en
“la Venida del Espíritu Santo.

9. A su debido tiempo, cuando os exponga el octavo artículo del Credo, veréis á toda luz cuántos beneficios recibió la humanidad por la Venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, y supuesto que ella exigía para verificarse que subiese Jesucristo al Cielo, cuán interesante fué que no hubiese permanecido en el mundo, á fin de que todos los fieles pudiesen alcanzar la gracia de plenitud y los goces inefables que nos trajo consigo el Espíritu increado. ¡Cuán grande merecimiento no recibió nuestra fe despues de la Ascension del Señor á los cielos, cuando sin verle en su presencia natural con los ojos del cuerpo, ni aun en el misterio de su Eucaristía, le creemos y confesamos á pesar de esto, y le rendimos los tributos de nuestra adoracion, sentado á la diestra de su Padre y residente en la tierra bajo los velos eucarísticos! ¡Cuánto se robustece nuestra esperanza con este misterio glorioso! Si Jesucristo cumplió su palabra de anuncio, subiendo en efecto á su Padre como lo tenia predicho; su misma Ascension nos hace esperar infaliblemente el cumplimiento de estas promesas que con tal motivo hizo á sus discípulos: “En la casa de mi Padre hai muchas habitaciones..... Yo voi á preparar lugar para vosotros.” ¡Y quiénes son estos *vosotros*? ¡únicamente los apóstoles y discípulos de Jesus, á quienes entónces hablaba? No, hijos míos, no solo ellos, sino cuantos hubiesen de creer en su Nombre y esperar sus promesas y cumplir su Lei. “Ruego,” le decía á su Eterno Padre, “ruego, no solamente por éstos, sino tambien por aquellos que
“han de creer en mí por medio de su predicacion: que todos sean una misma cosa; y
“que como tú ¡oh Padre! estás en mí, y yo en tí, así ellos sean una misma cosa en nosotros.” (Joann. cap. XVII, vv. 20 y 21.)

10. Aquí, amados hijos, véis el objeto fundamental de la esperanza y del amor en esas habitaciones diversas que Cristo dice haber en la casa de su Padre; véis pasar el oráculo á la categoría de una promesa en ese anuncio de que va Jesucristo á preparar lugar para los suyos; véis que son suyos, no solamente sus apóstoles y discípulos, sino cuantos en él creyesen, y por consiguiente todos los cristianos; véis, por último, que Jesucristo pide á su Eterno Padre para todos nosotros, no solo el fin sino tambien los medios, no solamente la última felicidad sino tambien las condiciones que ha puesto para dispensarla, no solamente la gloria sino tambien la virtud y la santidad. “Santifícalos en la verdad,” le dice: he aquí lo que nos procura para la vida presente: “sean ellos una misma cosa con nosotros.” he aquí lo que nos prepara con su oracion para la vida futura. “¡Y qué cosa es la esperanza!” “Esperar la bienaventuranza y los medios de ella.” Luego Jesucristo, que con tales oráculos y promesas había querido preparar su salida de este mundo para que no se conturbara con tal ausencia el corazon de sus discípulos; subiendo á los cielos, robusteció y afirmó nuestra esperanza.

11. ¡Y qué mayor estímulo podia ofrecerse al corazon del hombre, ya renovado por

la gracia, para llenarle y ocuparle todo, que Jesucristo sentado á la diestra de su Padre, brindando á todos los suyos con los tesoros de su gracia y la posesion futura de su gloria! ¡Qué recursos pudieron quedar á los enemigos de nuestras almas, despues de una manifestacion tan espontánea y de un hecho tan glorioso y en relacion tan íntima con todos nosotros! Jesucristo nuestro Señor caracterizó el corazon humano con estas palabras: “Donda está tu tesoro, allí está tambien tu corazon;” le dió un objeto capaz de llenar su inmensidad, con estas otras: “Buscad primero el reino de Dios y su justicia;” y subió al Cielo, para comunicarnos los medios de ser justos en la tierra con la dispensacion de sus gracias, y recompensar nuestra justicia con la promesa de la participacion de su gloria.

12. Ved pues, hijos míos, cuánto se interesaba la dignidad infinita, la gloria suprema del Hijo de Dios por una parte, y el bien de la humanidad reducida por otra, en que Jesucristo Señor nuestro no se hubiese quedado viviendo en la tierra de un modo natural y sensible, como estuvo en su primera venida, sino ántes bien que para poner el mas digno término á su mision en la tierra, hubiese subido á los cielos, como lo enseña el apóstol San Pablo.

13. Pero si era tan importante, me diréis, que Jesucristo no se hubiese quedado aquí, sino ido á su Padre, y si con solo quererlo pudo haber subido al Cielo desde el momento mismo en que resucitó del sepulcro, ¡por qué no quiso verificarlo así; mas ántes bien, permaneció cuarenta dias en el mundo despues de resucitado! Porque en ello, hijos míos, se interesaban igualmente, la verdad evangélica, para triunfar de todo error, disipar todas las tinieblas y no dejar ni el mas leve resquicio á la duda; el poder moral, para robustecer la esperanza con la manifestacion de un suceso bien comprobado acerca de las promesas que había hecho al mundo su mismo Redentor en Persona, y la felicidad, por último, dominando el corazon con el íntimo convencimiento de que en el Cielo reside y allí nos espera el Supremo Dispensador de la gloria.

14. Si Jesucristo, acabando de resucitar, se hubiese partido para el Cielo, no por esto habría quedado sin efecto la Redencion del mundo; pero sí, su regeneracion intelectual y moral: la incertidumbre y la duda hubieran minado el edificio de la religion; y la Iglesia, no contando con ese inmenso poder histórico y monumental de su magisterio, habría tenido, si no una existencia precaria, si una lastimosa esterilidad. Si á pesar de haber vivido los apóstoles con el mismo Jesucristo, escuchado sus palabras, recibido de sus mismos labios la doctrina, presenciado los milagros de su poder y admirado la perfeccion infinita de su virtud, se conturbaron tanto en su Pasion, que le negó Pedro y le abandonaron los otros; ¿qué habría sucedido, si viéndole con sus propios ojos morir y bajar al sepulcro, no le hubiesen visto resucitado y con la suficiencia que la severa critica demanda para fijar incontestablemente la evidencia de los sentidos y la certidumbre histórica de los hechos? ¡Ah! para saberlo, bastará que consideréis, hijos míos, lo que le sucedió á Tomás el apóstol. Había éste sabido, á no poderia dudar, la Resurreccion gloriosa de su divino Maestro por el unánime testimonio de sus mismos hermanos y de las santas mujeres; pues tanto éstas como aquellos refirieron tan grato acontecimiento, y no de oídas, sino de ciencia propia, diciéndole: “Nosotros mismos le vi-

“mos ya resucitado, vivo, glorioso; nos ha hablado; ha estado aquí.” sin embargo, él no “cree, no descansa en tan autorizado testimonio; y su desconfianza llega á tal extremo, “que manifiesta no creería esto ni aun cuando lo viese, sino que pediría inmediatamente para todos sus sentidos, y sobre todo, para aquel que viene á afirmar el testimonio de los otros acerca de la existencia de los cuerpos, una satisfacción plenísima: quiere ver y oír, pero no se contenta; quiere tocar, mas no queda todavía satisfecho; quiere sondear con su dedo las hendiduras que dejaron los clavos. Si Cristo, pues, subiendo al Cielo luego que resucitó, no hubiese permanecido muchos días en la tierra manifestándose frecuentemente á sus apóstoles y discípulos, éstos habrían comenzado con la flaqueza de la incertidumbre, continuado con las oscuridades y reservas de la duda, y acabado por ventura en una verdadera incredulidad acerca de un misterio cuya desaparición hubiera arrastrado lenta pero infaliblemente la de todos los otros en su carácter divino; y el mundo, instantáneamente iluminado con la presencia de Cristo, como la lóbrega noche al aparecer un fugitivo meteor, habría vuelto al primitivo caos: caos de inteligencia por la destrucción de la fe; caos de debilidad por la esterilidad objetiva de la gracia; caos de infortunio por la preponderancia del vicio, el abandono de la naturaleza y la privación de la gloria.

15. Ved al contrario lo que sucede: ved á este Jesus que resucita, y sin embargo se detiene cuarenta días en el mundo, aparece frecuentemente á sus discípulos, les habla sobre los grandes objetos de su venida; les manifiesta los misterios altísimos del reino de Dios; les prodiga los medios de asegurarse y confirmarse en la verdad de su Resurrección y en la fe de su Divinidad, sometiéndose á todas las pruebas que ellos pudieran exigir; les provee de instrucciones competentes y eficaces para el exacto desempeño del alto ministerio á que les había llamado; les da el plan á que habían de arreglarse para la institución y gobierno de su Iglesia; les explica el número, la virtud, la eficacia y ritualidad administrativa de los santos Sacramentos; subdelega en ellos el poder que tiene en los cielos y en la tierra, para que autoritativamente prediquen el Evangelio, abran con el Bautismo las puertas de su reino á cuantos creyeren, y gobiernen al hombre moral imponiéndole preceptos para el cumplimiento de la Ley divina, ligando su conciencia, juzgando su conducta y fijando su destino para la eternidad. Puso entonces en la mente de sus apóstoles la inteligencia de las Escrituras, y en sus manos las llaves del Cielo, para que explicasen las primeras, abriesen ó cerrasen el segundo, desatando ó atando las conciencias en ejercicio de un poder divino, con la prerogativa de una infalibilidad dogmática y moral, y bajo la garantía poderosa de su asistencia continua. Provistos de tanta luz y tan sublime poder, extendido hasta el don de milagros, les da una orden altamente misteriosa para que permanezcan todos en Jerusalem hasta recibir al Espíritu Santo, que les había prometido desde ántes de su Pasión y ahora les promete de nuevo enviarles cuando haya subido á la diestra de su Padre; y luego, conduciéndoles á fuera y rodeándose de ellos en el monte de los Olivos, pronuncia su paternal despedida, les da la bendición y sube al Cielo. Ved, hijos míos, ¡cuán quedan entonces los apóstoles y discípulos del Salvador! ¡cuán ilustrados en su razón con la doble luz de la ciencia y de la fe! ¡cuán adheridos á las promesas de aquel que no les deja en la tierra, sino aplazando por un tiempo fugitivo, *modicum*, el día de la entrada

de ellos á reinar con él en el Cielo! ¡Cuán desengañados de todas las vanidades del mundo, cuán superiores á todos los temores de la naturaleza y cuán pendientes del día en que deben reunirse con su divino Maestro quedan éstos, viéndole subir despues de haber sido al mismo tiempo los compañeros de su carrera de oprobios y tribulaciones hasta su muerte, y los testigos presenciales de la gloria de su Resurrección en la tierra! Ved pues cuál resplandecen la sabiduría, la justicia y la bondad infinita del Señor en su determinación de dejar la tierra y en los preparativos que anticipa durante cuarenta días para subir al Cielo.

II.

16. Vengamos empero, hijos míos, á contemplar al Redentor del mundo en el acto sublime de su Ascension gloriosa, y sigámosle con la consideración hasta dejarle allí colocado á la diestra de su Padre, con lo cual quedó consumado el gran misterio. El evangelista San Lucas nos dice, despues de referir las instrucciones del divino Maestro á sus discípulos, y todos aquellos preparativos de que acabo de hablarlos, que “sacó “á sus discípulos afuera camino de Betania; y levantando las manos les echó “su bendición:” añade luego que “mientras los bendecía, se fué separando de “ellos y elevándose al cielo:” y concluye diciendo que “habiéndole adorado, “regresaron á Jerusalem con gran júbilo.” (XXIV, 50, 51 y 52). Y este mismo escritor, en el primer capítulo, versículo nono de su Libro de los Hechos apostólicos, refiere que “mientras los discípulos estaban siguiendo con sus ojos á Jesus, á tiempo que “subía, una nube le envolvió, con lo cual ya dejaron de verle.” Tal es el relato de los escritores sagrados acerca de tan maravilloso acontecimiento: relato muy sucinto, es verdad, pero de una comprensión inmensa. ¡Qué ven aquí en efecto los ojos de nuestra fe, sino al Mesías en toda la gloria de su triunfo? Ora queramos referir este cuadro al suceso de la Resurrección, ora le contemplemos en sí mismo, ora nos fijemos en su término, que es el acto de ocupar en el Cielo su propio trono, donde quiera se manifiesta con espléndidos caracteres la Divinidad del Mesías.

17. La gloria de Cristo apareció muy claramente á cuantos le vieron resucitar; mas no en su totalidad, no como debía mostrarse para derramar su plena luz sobre todos los misterios de su vida y de su muerte. La historia de la venida de Jesus al mundo en el orden de los tiempos, debía tener perfectamense fijos dos puntos, el de partida y el de término; aquel en que entró á la tierra, y aquel en que volvió á los cielos. Si había descendido en cuanto Dios, desde el trono de su gloria, para revestirse de nuestra naturaleza y poder padecer y morir por nosotros, era forzoso que, acabada su carrera en el mundo, le dejase para subir al Cielo. He aquí por qué la Ascension de nuestro Señor Jesucristo se ha considerado siempre como una consumación de plenitud para todos los misterios; pues á ella como á su término van encaminados todos, y de ella reciben así mismo su perfección y complemento: “porque así como todos los misterios de nuestra religión, dice el Catecismo romano, “empiezan por el de la Encarnación del Señor, así tambien en la Ascension se concluye su peregrinación.” Hai más: este misterio estaba exigido como de rigurosa justicia por todos los otros. ¡Por qué? porque los misterios

de la vida y muerte de Jesucristo, son, como bien lo sabéis, de humillacion, de pobreza, de oprobios y todo linaje de sacrificios, lo cual presentaba de parte del Señor lo infinito en la humillacion y abatimiento, y en consecuencia estaba clamando á la justicia de Dios por una recompensa plena y digna. Recompensa fué la Resurreccion y recompensa digna; pero no plena, pues que algo faltaba. ¿Qué faltaba? Un Trono de gloria para aquella Santa Humanidad triunfante. ¿Dónde erigir ese trono? ¿Acaso en la tierra? No, hijos míos, ya os lo he dicho: la tierra no era digna de seguir habitada natural y sensiblemente por Cristo resucitado: esperábase un Trono en las alturas del Cielo, á la diestra de su Padre, una gloria superior á la de todas las criaturas.

18. Pero si la Ascension del Señor debía venir despues de su Resurreccion como el complemento de su gloria y la plenitud magnífica de su triunfo; era tambien indispensable para dar la última prueba práctica de la doctrina que habia predicado acerca de su reino. Así descargó, hijos míos, el último golpe sobre la pertinacia del judío, para que no pudiese tener adeptos con su pretendida expectativa de un Rei temporal y una grandeza mundana. Subiendo á los cielos despues de haber dado en su Persona el ejemplo de todas las abnegaciones, enseña espléndidamente á despreciar todas estas mezquinas glorias de la tierra, todos estos engañosos placeres del mundo, á no buscar en él jamas la felicidad y á no temer la muerte. Entónces nada tuvieron ya de oscuro aquellas palabras del apóstol Santiago, que “Dios escogió á los pobres en este mundo, “ricos en la fe y herederos de su reino;” y todos hemos podido entender en qué sentido habla San Pablo, ya cuando presenta á los justos como peregrinos y huéspedes que buscan la patria, ya cuando dice, que somos conciudadanos de los santos y domésticos de Dios, ya, por último, cuando inculca que nuestro trato y conversacion está en los cielos.

19. Mas ¿cuál es, me diréis, la causa eficiente de este gran prodigio? ¿Cómo este cuerpo de Cristo se levanta por el aire, sube lentamente con pompa y magestad hasta perderse de la vista de los apóstoles? Hijos míos: Cristo Señor nuestro subió á los cielos por su propia virtud, y no solo por la que tenia como Dios, sino tambien por la que residia en su Santa Humanidad. Si Elias fué llevado al Cielo en un carro de fuego, como leemos en el capítulo segundo del cuarto Libro de los Reyes; si Habacuc, como vemos en Daniel, y San Felipe Diácono segun refiere el Libro de los Hechos apostólicos, fueron levantados en el aire por divina virtud, andando con este milagroso vuelo á muy largas distancias; Jesucristo subió, no por influjo ajeno, sino por virtud propia, y no solo por su virtud como Dios, sino tambien por la que tenia en cuanto hombre. Pero, ¿cómo entender esto, siendo notorio que no es capaz de tanto la naturaleza humana? Con solo reflexionar en el carácter propio del alma y cuerpo de Cristo ya resucitado. ¿Quién duda, por mas que no lo sienta y conozca, que el alma gloriosa de Jesucristo tuviese sobre su cuerpo tan irresistible poder, que le moviese y gobernase al arbitrio de su voluntad? ¿Quién no advierte asimismo la diferencia que va de un cuerpo mortal á un cuerpo glorioso? Este, como que posee todos los dotes de gloria, sigue sin dificultad ninguna los impulsos del alma, lo cual era suficiente para que Jesucristo Señor nuestro, aun en cuanto hombre, subiese al Cielo por su propia virtud.

20. ¿Y cuál fué la pompa, me diréis, de esta partida de Jesucristo de la tierra para

el Cielo? ¿Subió sin séquito? ¿Entró sin comitiva que le encontrase? No, hijos míos: aunque los apóstoles y demas discípulos que estaban allí presentes, no veian mas que á solo Jesucristo, sabian muy bien ellos, como nosotros lo sabemos tambien, que le seguia un mundo inencontable de escogidos y que vinieron á su encuentro los ángeles, arcángeles y demas coros del Empíreo. Ya os tengo explicado el dogma del Descendimiento de Jesucristo nuestro Señor á los infiernos, y cómo bajó allá para sacar á todos los justos de la Lei antigua, con el fin de conducirles á la gloria que esperaban, en cuyo goce no podian entrar ántes que el Hombre-Dios, ya resucitado y triunfante, hiciese abrir las celestiales puertas, adonde no habia penetrado ni podia penetrar ántes de su Magestad ninguno de los nacidos. Ved pues aquí su comitiva: son los escogidos de su pueblo, los herederos de sus promesas, los benditos de su Padre, las generaciones preelictas á quienes habia hecho pasar de la esperanza cumplida de la virtud, á la esperanza de la gloria pendiente del triunfo del Redentor. ¿Qué acompañamiento tan augusto! En él van, segun su rango, todas las eminencias de Israel: los Patriarcas, los Profetas, la tribu del Sacerdocio, los piadosos Reyes, los Magistrados justos, las mujeres fuertes, los inocentes; en fin, los justos de cuarenta siglos. ¡Con qué noble magestad hiede los espacios esta procesion inmensa, siguiendo extasiada la marcha del Rei de los reyes! A la vista de este cuadro, cuya grandeza oprime á toda imaginacion y cuya pompa traspasa con mucho la capacidad de las lenguas criadas, un sentimiento de admiracion detiene con trasporte á los espíritus moradores de la Jerusalem Santa.—¿Quién es este Rei de gloria? se dicen unos á otros. Es el Señor fuerte y poderoso, responden ellos mismos: el Señor poderoso en las batallas, el Señor de la virtud, el Rei de la gloria. “Abismanse las potestades angélicas en presencia de la Humanidad de Cristo,” dice San Cirilo, “viendo llegar de esta suerte al Hijo de Dios, revestido de nuevos ropajes, “cargado de trofeos, engrandecido al parecer, no en cuanto á su naturaleza divina, siendo como siempre igual á su Padre, sino en cuanto á su naturaleza humana,” segun la bella observacion de San Ambrosio; viéndole llevar una carne victoriosa, gloriosa, inmortal.” Esto habia hecho exclamar proféticamente á David: “Abrid, oh príncipes, “vuestras puertas eternas, que va á entrar el Rei de la gloria.” (Ps. XLVI) Oid el himno de triunfo con que este Santo Rei, divinamente inspirado, acompañaba en espíritu la triunfante marcha del Mesías, cuando hubiese de subir á los cielos: “Naciones todas, dad palmadas de aplauso: gritad alegres á Dios con voces de júbilo. Porque excelso es el Señor, y terrible, Rei grande sobre toda la tierra..... Ascendió entre voces “de júbilo al son de clarines..... Cantad, cantad salmos á nuestro Dios: cantad salmos “á nuestro Rei. Porque..... es el Rei de toda la tierra..... ha de reinar sobre todas las “naciones..... está sentado sobre su solio agosto. Los príncipes de los pueblos se reunirán con el Dios de Abraham; porque es el Dios protector de la tierra, y en gran manera ha sido ensalzado.” (Ps. 46)

21. Ved, hijos míos, todo el carácter de plenitud que manifiesta este cuadro; pero no nos detengamos aquí; veamos lo que inmediatamente sigue ya en la tierra, ya en el Cielo. En el Libro de los Hechos apostólicos, en el capítulo primero leemos, que estando los discípulos del Salvador “atentos á mirar cómo iba subiéndose al cielo, aparecie-

“ron cerca de ellos dos personajes con vestiduras blancas, los cuales les dijeron: Varones de Galilea, ¿por qué estáis *ahí parados* mirando al cielo? este Jesús, que separándose de vosotros se ha subido al cielo, vendrá de la misma suerte que le acabáis de ver subir allá.” “Después de esto se volvieron *los discípulos* á Jerusalem, desde el monte llamado de los Olivos, que dista de Jerusalem el espacio de camino que puede andarse en sábado.” Estos personajes vestidos de blanco, fueron dos ángeles venidos al propósito para hacer una doble manifestación á los apóstoles, conviene á saber: la de que Jesucristo estaba en el Cielo en posesión de su gloria, y la de que no volvería de nuevo á la tierra, sino en el último día de los tiempos, en el cual vendría, con la misma gloria y magestad con que le habían visto subir, á juzgar á los vivos y á los muertos: gran ratificación, hijos míos, de aquel dogma que les había enseñado Jesucristo sobre su segunda Venida, y con el cual terminan todos los misterios relativos al Divino Redentor. Por esto sus apóstoles y discípulos ya no esperaron allí sino que se volvieron inmediatamente á Jerusalem.

22. ¿Y qué sucedió en los cielos inmediatamente de entrado en ellos Su Magestad? Que tomó posesión de su gloria, sentándose á la diestra de su Padre. He aquí la segunda parte de este sexto artículo del Símbolo, la cual viene á ser como el complemento de todo el misterio: pues en él creemos y confesamos, no solo que Jesucristo subió á los cielos; sino que subió á colocarse á la diestra de su Eterno Padre, donde está sentado, y vive y reina con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Pero es necesario entender bien estas palabras de nuestro Símbolo católico, para no caer en errores groseros por falta de luz acerca de las cosas que pasan en aquella región inaccesible.

23. Cuando este artículo, pues, dice que Jesucristo está sentado á la diestra de Dios Padre, no hemos de entender estas palabras en su sentido literal y natural; porque esto sería suponer que el Padre tiene figura corporal como nosotros y por consiguiente mano y lado derecho, mano y lado izquierdo, y ocupa lugar, y en el lado derecho hai alguna silla ó trono donde está sentado Jesucristo: no, hijos míos, no hai nada de esto; sino que, no habiendo en las lenguas humanas medio alguno para hablar literal y exactamente de la naturaleza divina y las cosas del cielo, tenemos que suplir á esta falta con algunas semejanzas, figuras y traslaciones en el mismo lenguaje. Ahora bien: como acá en el mundo el estar sentado en un trono es un signo de magestad y grandeza, y el lado derecho es tenido y reputado como el más digno, queriendo explicar de algun modo cuál sea la gloria de Jesucristo Señor nuestro en los cielos, nos valemos de lo que hai más excelente y noble en el idioma de la dignidad y la grandeza, diciendo “que está sentado á la diestra de Dios Padre.”

24. ¿Qué debemos pues entender por esta palabra? “Que está en igual gloria con él, en cuanto Dios, y en cuanto hombre mayor que otro ninguno,” responde al propósito nuestro sabio Catecismo. Fijáos pues muy bien en este concepto, y tendréis la debida inteligencia dogmática de la gloria de Jesucristo en los cielos. “¿Quién es Cristo? “Dios y Hombre verdadero. ¿Cómo es Dios? Porque es natural Hijo de Dios vivo. “¿Cómo es hombre? Porque es también hijo de la Virgen María.” Pues bien: en cuan-

to Dios no puede tener más ni menos que Dios, más ni menos que su Padre; pues el Padre es Dios, y el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios, y no por esto son tres Dioses, sino un solo Dios verdadero. Esto supuesto, ya comprenderéis lo que quiere dar á entender nuestro Catecismo cuando dice: que “Cristo en cuanto Dios está en igual gloria con el Padre.” Pues yo diré todavía que aun esta enunciación me parece imperfecta; porque una cosa igual á otra supone dos, y aquí no hai dos glorias sino solo una, y en consecuencia la palabra *igual* equivale á decir *la misma*: porque en realidad, la gloria del Hijo es la misma gloria del Padre, como la Omnipotencia del Padre es la misma Omnipotencia del Hijo. Si pues no hai dos omnipotentes y por tanto ni dos omnipotencias, no hai dos gloriosos y por tanto ni dos glorias: luego la gloria de Cristo en cuanto Dios es la misma gloria del Padre.

25. Mas en cuanto hombre, no es ni puede ser la misma, no, ni tampoco igual; pues una es la naturaleza humana y otra la naturaleza divina, finita la naturaleza humana é infinita la naturaleza divina. Pero la humanidad en Cristo es superior á toda humanidad, es la humanidad reina, la humanidad en cierto modo divinizada. Luego la gloria de Cristo en cuanto hombre es la primera después de la gloria de Dios; y no hai criatura, cualquiera que sea, ni en la naturaleza angélica ni en la naturaleza humana, puesta en la altura en que resplandece la Santa Humanidad de Jesucristo. Por esto el apóstol San Pablo nos muestra al Padre “resucitando *al Hijo* de entre los muertos,” (es decir: á Cristo en cuanto hombre, pues en cuanto Dios no podía morir, ni tenia por lo mismo que resucitar) “y colocándole á su diestra en los cielos, sobre todo Principado “y Potestad, Virtud y Dominación, y sobre todo nombre por celebrado que sea no solo “en este siglo, sino también en el futuro (Eph. I, 20 y 21).” Ya entendéis, pues, cómo la gloria de Cristo en cuanto hombre es mayor que la de todas las criaturas; bien así como en cuanto Dios es la misma gloria de su Padre. Cuando nuestro Símbolo pues, dice que “está sentado á la diestra de Dios Padre,” usa de estos términos, no en su sentido literal, sino para darnos á entender, como lo explica nuestro Catecismo “que está en igual gloria con él en cuanto Dios, y en cuanto hombre mayor que “otro ninguno.”

26. Así quedó, amados hijos, terminada la misteriosa carrera del Mesías en su primera Venida con el objeto de morir por nosotros y librarnos del pecado, y enseñarnos con su vida y ejemplo el camino del Cielo. Nada quedó pendiente desde que este hecho, tantas veces anunciado por el mismo Jesucristo, llegó á su magnífica realidad. Los misterios de su vida, de su muerte y triunfante Resurrección recibieron con él todo el esplendor de su Divinidad y el sublime realce de su gloria. No queriéndose quedar en la tierra, porque no era morada digna de su augusta Persona, nos enseñó que es el Rey excelso del tiempo y de la eternidad: verdadero hombre, que vivió entre nosotros, padeció y murió por nosotros y resucitó por su propia virtud; y verdadero Dios, que llevó consigo al Trono que la preparaban sus merecimientos á su Santa Humanidad. Ascendiendo hácia su Padre para realizar aquella profecía de inefable amor que hizo á Magdalena después de resucitado, cuando la dijo: “Subo á mi Padre y vuestro Padre, subo hácia mi Dios y vuestro Dios,” puso á toda luz, que no hemos nacido para vivir en este mezquino teatro que llamamos *mundo*; pues nada en él hai que

sea digno de esta obra maestra del Criador, de esta criatura donde quiso poner un trasunto de su imagen; que somos en la tierra extranjeros de tránsito y partida que enderezamos nuestros pasos á las moradas eternas. Deteniéndose despues de resucitado y ántes de subir al Cielo cuarenta dias en la tierra, para confirmar á sus discipulos en la fe de su Resurreccion, darles instrucciones amplisimas relativamente á sus designios acerca de los hombres, instituirles delegados suyos con la comunicacion de su mismo poder, para ser las columnas de su Iglesia fundada en él mismo como piedra angular, nos dió á entender bastante que él es la Sabiduría infinita y la Bondad suma. Finalmente, cuando ya concluido todo, reúne á sus discipulos, les habla por la última vez, les bendice, se despide de ellos anunciándoles su partida, y levantándose poco á poco majestuosamente de la tierra, progresa hácia las alturas con cierta grave lentitud hasta perderséles de vista, absorbe sus miradas de admiracion, de respeto y amor con este cuadro, en que todo respira magestad y donde viene á terminar la historia de su vida en el tiempo; entónces nos dió la última, la mas bella, dulce y consoladora leccion acerca del gran destino que nos preparó con sus merecimientos, mostrándonos á toda luz cuán indigno es de ocuparnos todo lo que pasa como una figura, y con cuánto empeño y tierna solicitud hemos de caminar para uniros con él en la sociedad de su gloria.

27. Tales son, hijos míos, las luces que este misterio derrama sobre nuestra fe para consolidarla; los nuevos apoyos que ministra á nuestra esperanza, y los vehementes y poderosos estímulos con que solicita nuestro corazon para que siempre arda en el divino fuego de la caridad. Sea pues Jesucristo Señor nuestro subiendo á los cielos y sentado á la diestra de su Padre un libro abierto de sabiduría para vuestra inteligencia, un tesoro de gracias fecundas, y un bien supremo que atraiga exclusivamente vuestro ser. Si él subió para prepararnos allí una residencia perdurable y gloriosa; si él, como nos enseña el apóstol Santiago, aboga continuamente por nosotros cerca de su Padre y nada anhela tanto como ver extendida la santidad en la tierra y con ella multiplicados los futuros moradores de su reino; levantad hácia él vuestras almas, viviendo en los cielos mas que en la tierra; colocad en él vuestro corazon, para no tener mas objeto que servirle ni otro empeño que gozarle. ¡Dichosos vosotros entónces! pues desprendidos de todo lo que pasa como una sombra, y adheridos únicamente á las promesas que os hizo Aquel cuyas palabras no han de pasar nunca, seréis inscritos en ese Libro divino donde la eterna predileccion de Dios quiso que constasen los felices nombres de aquellos que le han de alabar y bendecir en el seno de su gloria por los siglos de los siglos.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

TRIGESIMATERCIA INSTRUCCION.

SOBRE LOS DOGMAS CONCERNIENTES AL ESPÍRITU SANTO.

*Signati estis Spiritu promissionis sancto,
qui est pignus hereditatis nostre.*

Recibisteis el sello del Espíritu Santo
que estaba prometido, el cual es la prenda
de nuestra herencia.

Eph. Cap. I. vv. 13, 14.

1. Si en esta explicacion pastoral de las verdades que debemos creer, me hubiese propuesto, hijos míos, seguir el orden mismo con que los dogmas de la fe aparecen colocados en el Símbolo católico, ahora debería tratar de la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo en gloria y majestad para juzgar á los vivos y á los muertos; pues ella figura inmediatamente despues del misterio de la Ascension, y es el sétimo artículo del Credo. Nada mas natural que esta colocacion allí, donde los dogmas son considerados en sí mismos y relativamente á su objeto: porque siendo el objeto de este dogma nuestro Señor Jesucristo, debía sin duda colocarse despues de los pertenecientes al Padre y ántes de los que miran al Espíritu Santo, como lo están en efecto. Mas, cuando la exposicion doctrinal tiene un carácter histórico, un carácter práctico y los dogmas se consideran, no solo en sí mismos y en su objeto, sino tambien en clase de acontecimientos, en el orden sucesivo con que éstos fueron apareciendo y en sus relaciones con la humanidad, entónces debe seguirse otro método, y el mas natural parece ser el que presenta la misma historia. La segunda venida de nuestro Señor Jesucristo no pertenece aun al número de los objetos de ella, porque no se verifica todavía, pues ha de ser el último suceso que ha de dar punto á la carrera del tiempo y preceder inmediatamente á la eternidad.

2. Estas consideraciones y el haber querido ligar cuanto sea posible aquí el dogma,